El Eco de Cartagena.

Año XXV.

DIARIO DE LA NOCHE.

NUM. 7065

Precios de suscripción.

CARTAGENA, sr. mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—PROVINCIAS, tres meses, 8 50 id.—ENTRANERO, tres meses, 11 25 id.
La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.

Números sueltos 15 céntimos.
REDACCIÓN, MAYOR, 24.

JUEVES 19 DE FEBRERO 1885.

Condiciones.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, conserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal.—No se devuelven los originales.

Anuncios á precios convencionales.
ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24.

CIRCULO ATENEO.

Suscripción á favor de las víctimas de los terremotos en las provincias de Málaga y Granada.

	Ptas.	Cts.
Suma anterior	3994	30
D. Juan Alcaraz Romera	3	
» José Alesón Baldasano	2	
» José M.ª Banet	5	
» Dámaso Basilio	2	
» José Banes	2	
» Bernardo Borrás	2	
» Emilio Banet	2	
» Sixto Benitez	5	
» Lorenzo Boada	2	
» Ginés Cano	5	
» José Carreño	1	
» Leopoldo Cándido	5	
» Tomás Bernal	5	
» José Biernet	2	50
» Antonio Biermet	5	
» Hipólito Carmona	2	50
» Juan Chiesanova	2	50
» Isidoro Calin	15	
» Adolfo Basilio	2	50
» José Gelmayo	5	
» Eduardo Lafuente	2	
» Falgelo Morata	2	
» F. de P. M.	10	
» José Lopez Sanchez	2	
» Francisco Ureña	2	
» Manuel Azuar Fulla	5	
» Manuel Andrés	1	
» Carlos Avalos	5	
» Eduardo Rodriguez	1	
» Enrique Deckler	2	50
» Francisco Ferri	2	50
» Francisco Gutierrez	2	50

4110 80

EL GENERAL GORDON.

En los muros de Khartum cruelmente asesinado por los feroces sectarios del Mahdí, ha muerto el último héroe del siglo XIX.

Era Gordon un caballero andante al modo de los que cuentan las antiguas crónicas, sin más diferencia que mientras éstos recorrian, caballeros en malos rocines, los estrechos ámbitos del mundo que entonces se conocía y se podía conquistar, buscando aventuras, desafiando agravios y enderezando entuertos, que pudiéramos llamar individuales, Gordon, en alas de rápidos ferro-carriles ó de veloces y gigantes vapores, recorre toda la extensión del planeta, buscando aventuras, desafiando agravios y enderezando entuertos nacionales.

El carácter del personaje es el mismo, el temple del alma idéntico, el ideal semejante; pero con más bríos y más levantados propósitos, como corresponde á un grado superior de cultura.

No ha sido estéril el siglo XIX en hombres de esta clase, por más que

parezcan en contradicciones con su espíritu positivista y mundano, é incompatibles con las complicaciones sociales y los refinamientos de todo género de su materialista civilización. Y de todas las naciones modernas, precisamente la que mejor puede caracterizar nuestra época y la que más de ordinario recibe los anteriores calificativos, es una de las que mayor contingente han aportado á este acervo de glorias y de heroísmos.

Era Gordon hombre de poco más de 50 años. Nacido en 1834, de una ilustre familia que ha dado á Inglaterra muchos días gloriosos en las armas y en las letras, siguió la carrera de ingenieros.

Estuvo en la guerra de Crimea y fué herido en el cerco de Sebastopol en 1856.

Firmada la paz, quedó formando parte de la comisión encargada de fijar las fronteras de Rusia y Turquía.

En 1858 formó parte de la expedición á China, permaneciendo después en el país, que exploró en toda su extensión.

Al frente del Ejército siempre victorioso, combatió en 1863 y 64 la sublevación de los taipings. En seis meses de campaña tomó cuatro grandes ciudades y doce fortalezas; libró numerosas batallas y puso fuera de combate veinte veces más enemigos que soldados mandaba. Encontró la sublevación en todo su vigor, hasta el punto de amenazar con la ruptura de la unidad del imperio chino, y la dejó espirante. Despidióse de sus soldados, que estaban orgullosos y satisfechos de su jefe, y se embarcó para Inglaterra, llevando por toda recompensa y todo tesoro el título militar más alto de la China, el título de *titu* y la extraña condecoración de la *chaqueta amarilla*. Renunciando á las riquezas y á los honores que China le ofrecía, volvió á cumplir sus ordinarios deberes como oficial del cuerpo de ingenieros, y limitó su ambición á trabajos útiles, pero oscuros.

¿Quién pudiera imaginar que en aquel cuerpo indomable se alberga un espíritu místico y piadoso? Gordon llevaba siempre, como dice Claretie, en una mano el revólver y en la otra la Biblia.

Las «Reflexiones en Palestina», escritas durante la permanencia del general en Tierra Santa, y publicadas por su orden el año último, comprenden dos partes. Una en la cual Gordon discute ciertos puntos que han quedado oscuros sobre la topografía de los Santos Lugares, y otro donde expone una doctrina mística, no muy

clara, cuyas ideas fundamentales son que la Biblia debe ser comprendida literalmente, y que el universo se rige por la ley de las repeticiones. Revélase en esta obra admirablemente la piedad de Gordon, exaltada y sutil, que forma extraño contraste con el espíritu positivista y guerrero del ilustre soldado.

En las cartas dirigidas á su hermana, publicadas repetidas veces, se demuestra todo el empeño y toda la energía que puso en acabar con la trata de esclavos en la diferentes ocasiones que obtuvo el mando del Sudan. Luchaba con gravísimos inconvenientes, como son la indiferencia cuando no la simpatía, con que el país ve ese comercio nefando, y la resignación, cuando no el placer, con que lo sufren los que de él son objeto. Los hijos vendidos no experimentan más pena que los padres que los venden. Uno de los colonos de cierta estación, fundada por Gordon, que era padre de dos hijos, robó una vaca á un vecino y se la comió. Algunos días después presentóse por casualidad el general en la choza del ladrón:

«No vi más que un hijo—escribe á su hermana.—¿Dónde está el otro? Pregunté á la madre.—¡Oh! Se lo he tomado dado al dueño de la vaca robada.—Esta respuesta iba acompañada de una sonrisa de buen humor.—Pero le digo, ¿no os causa esto pesar?—¡Oh! No; preferimos la vaca.—Pero le repliqué, la vaca está ya comida y el placer pasado.—No importa, preferimos siempre la vaca.—Esto era completamente cierto.»

«Esta cuestión de los esclavos, dice Gordon en otra carta á su hermana, es la más complicada, la más espinosa que tengo que resolver. No puedo tener idea de las dificultades con que tropiezo. Como prueba, ahí va un ejemplo. Un gran número de esclavos hechos en la última razzia de los Gallobats, rechazan quedarse en libertad. Estamos mejor alimentados en poder de nuestros nuevos dueños, dicen, que lo estábamos en el de los antiguos. ¡Ah! ¿Que país este!

No tardó en tomar parte en otros empeños y otras aventuras internacionales, que sería prolijo relatar. Desde 1874 obtuvo tres veces al mando del Sudan, con objeto de organizar el país, y de abolir la trata de esclavos. El último nombramiento lo recibió en Enero de 1884, cuando al llegar á Inglaterra y comunicar á un periódico sus ideas contrarias al abandono del Sudan por las tropas egipcias, el gobierno inglés vióse forzado, por el poder de la opinión, á obligar á Egipto á salvar las guarniciones de las plazas que habían permanecido fieles, invitándole á dirigir por sí mismo la eva-

cuación y aceptó inmediatamente el cometido, saliendo de Londres para el Sudan á los dos días de haber llegado.

Llegó al Cairo y de allí partió para Berber, remontando unas veces la corriente del Nilo y atravesando á pié otras, extensos arenales y abrasados desiertos.

De Berber pasó á Khartum, y cuando ya se disponía á desalojar la población, vióse sorprendido y cercado por las tropas del Mahdí.

Solo y abandonado en medio de un país enemigo, sin esperanza de salvación y poco menos que en la imposibilidad de recibir socorros y ayuda de su patria ó de Egipto, el viril espíritu del general Gordon no desmayó un momento, y se aprestó á resistir hasta el último instante, para defender la vida de 40.000 personas que en sus manos la habían depositado.

Mientras llegaban los socorros ó la situación cambiaba, se resolvió á esperar, preparándose para la defensa. No se impacientaba ni temía, y se ocupaba de enviar á su patria, cuando las circunstancias lo permitían, aquellos despachos dignos modelos de laconismo espartano, en que solo decía: «en Khartum todo está bien.»

Haciendo un supremo esfuerzo, Inglaterra habiase decidido á gastar 20 millones y á derramar la sangre de sus soldados para salvar á Gordon, héroe y gloria nacional, como dicen á una todos los periódicos ingleses. Ya llegaba la expedición á los muros de Khartum, tras grandes fatigas y trabajos, y ya creía terminada felizmente su empresa, cuando los disparos que desde la plaza se le dirigian, le advirtieron que estaba en poder del enemigo.

¿Hacia mucho tiempo que las tropas del Mahdí se habían apoderado de ella? ¿Penetraron por traición ó después de encarnizado combate? Nada se sabe fijamente, si bien la versión más verosímil es la de que fué entregada por un traidor. El general Gordon ha muerto acuchillado por el enemigo.

Aquel león ha caído al fin devorado por los chacales, como diría Chébullez.

¿Es de extrañar que un hombre de este carácter y de estas condiciones y esta historia, llame en los momentos presentes la atención de todo el mundo civilizado? Los periódicos ingleses vienen llenos de artículos, noticias y telegramas, ya haciendo conjeturas sobre la suerte del invicto caudillo, ya relatando su trágico fin, ya excitando al Gobierno británico á tomar venganza; la prensa de las otras naciones, consagra también lugar preferente á narrar las aventuras y á pintar el carácter del defensor de Khartum.